

CANIJO

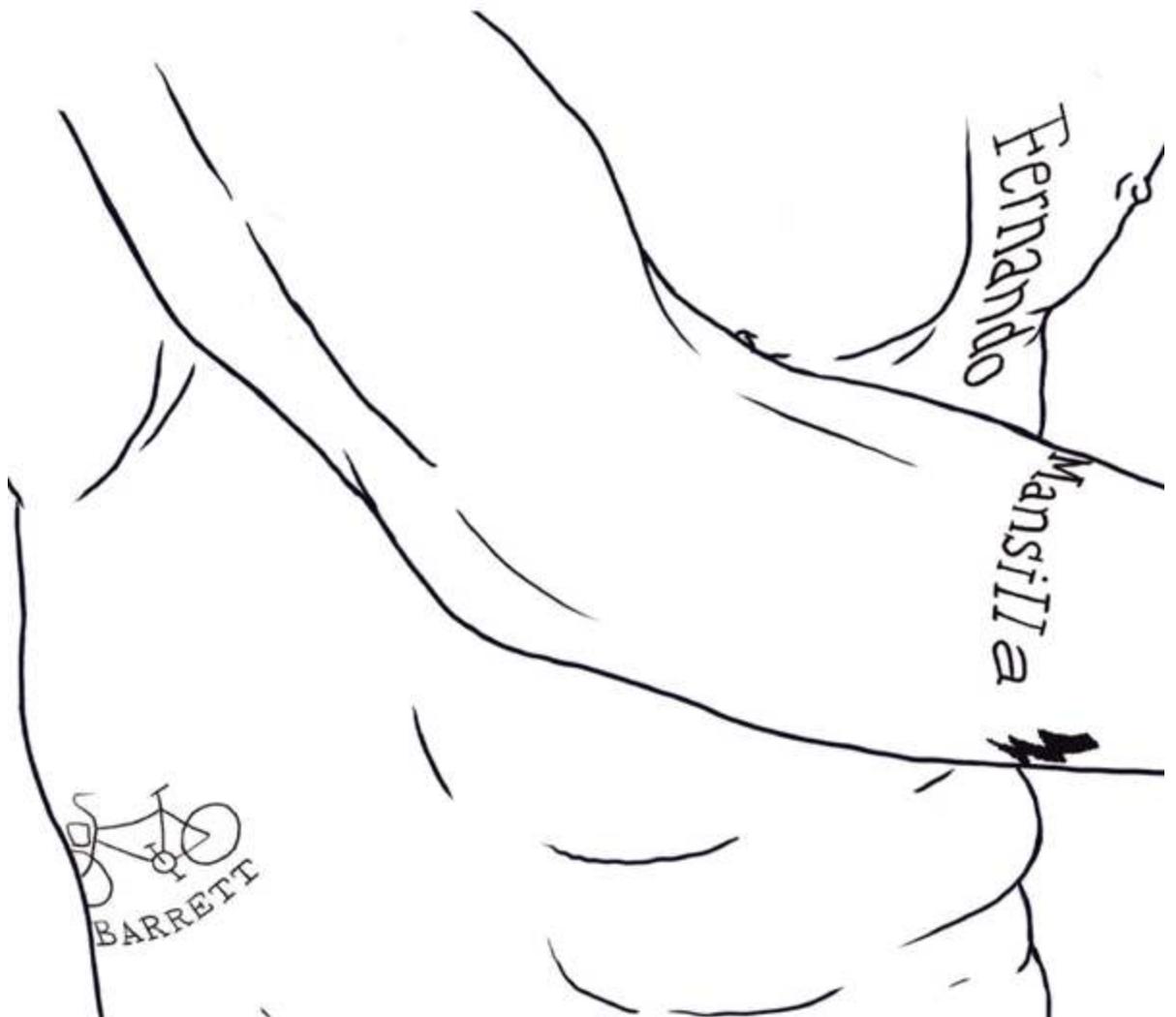
Fernando Mansilla





BARRETT

CANIJO



1 2

— e 2



Fernando Mansilla

Conocimos a Fernando Mansilla muy tarde y fue a través de su música o, más bien, ese híbrido entre música, poesía y teatro que eran sus espectáculos de *spoken word* con su grupo Mansilla y los Espías. Nos impactó ese pequeño hombre que se hacía grande en el escenario —y no solo porque su inseparable sombrero le añadiera un par de centímetros—, nos encandiló su voz grave y profunda y nos entusiasmaban sus letras afiladas.

Pocos años después tuvimos la suerte de conocer personalmente a Fernando y descubrimos que detrás del artista había una persona amable, sencilla y humilde, con el que daba gusto pasar el rato compartiendo una cerveza.

Mansilla nació en Barcelona y se instaló en Sevilla en 1981 atraído por la forma de vida, el clima y el buen hachís del sur. Se ganó la vida como músico callejero y con diversas producciones teatrales con las que poco a poco se hizo un nombre como artista *underground*. Su poesía fue recogida en *Poemas para la no posteridad* (Cangrejo Pistolero) y en los discos *Literatura de baile*, *Dejad que los colgados se acerquen a mí* y *Lucy*, sus piezas teatrales (una de las cuales, *Libertino*, fue nominada a los Premios Max) fueron estrenadas regularmente desde los primeros noventa y su narrativa se inició con esta novela, *Canijo*, publicada originalmente por El Rancho Editorial y que ahora tenemos el placer de hacer llegar a toda España como ya hicimos con *Relatos faunescos*, *Matar cabrones* y *Mansilla Street View*.

Falleció en junio de 2019 descansando «en el puto sofá».

Seguramente tú también has conocido a Fernando Mansilla muy tarde, pero nunca es demasiado tarde.

Hoy es un buen día.



**También
ha
hecho
posible
este
libro**

Pablo Peña

Cuando tuvimos el manuscrito de *Canijo* en nuestro poder, inmediatamente pensamos en Pablo Peña para diseñar la cubierta. De sus manos salió el mítico clarinete-jeringuilla que ilustraba la edición de El Rancho Ediciones. Además, siempre hemos sido muy fans de Pony Bravo, y Pablo es componente de este grupo desde sus comienzos en 2006.

Estudió Bellas Artes en la Universidad de Sevilla y ha trabajado como músico, pinchadiscos, artista sonoro e ilustrador. Además de bajista en los mencionados Pony Bravo, es compositor e intérprete en el grupo Fiera, donde también se encarga del diseño de la parte gráfica, y ha participado en proyectos con Niño de Elche y Los Voluble. Ha producido el disco *Autoficción* de Las Odio y es cocreador de la obra escénica *Wildworking*. De forma paralela, ha trabajado en la composición de música y ambiente sonoro para obras de danza contemporánea y escrito e interpretado en directo la música para diversos espectáculos teatrales. Junto a Fran

Torres ha fundado Música Prepost, un proyecto con el que han realizado varios espectáculos de *live cinema* o la gala de presentación del Festival Alcances en Cádiz, numerosas sesiones como *djs*, videoclips, etcétera. Pablo sigue caminando por el lado más gráfico de la vida, cuidado.

Título original: *Canijo* | Publicado en 2013 por El Rancho Editorial, colocó a Fernando Mansilla como indiscutible representante de la Sevilla *underground*.

Primera edición: marzo de 2022

© del texto: Fernando Mansilla

© del diseño de cubierta: Pablo Peña | argamasijo.com | [@nosfieratu](https://www.instagram.com/nosfieratu)

Agradecemos a Terry Ware Sinclair por aportarnos un toque especial con el mapa interior, extraído de *La guía verde. Guía urbana y callejero oficial de Sevilla*

© de la fotografía de la biografía: Lola Cordero y Julieta Mansilla

© de la edición: Editorial Barrett | editorialbarrett.org

Comunicación y prensa: Belén García | comunicacion@editorialbarrett.org

Primera impresión: 1000 ejemplares

ISBN: 978-84-18690-24-2

Producción del ePub: booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Somos buenas personas, así que, si

necesitas algo, escríbenos. No nos va a sacar de pobres prohibirte hacer unas cuantas fotocopias.



1 1 1 1 1

Para Nano y Ada

PRIMERA PARTE

PLAZA DEL PUMAREJO



1. Sevilla, barrio de San Julián, verano de 1982.

Aterrizamos en Sevilla. La Sofía y yo. Alquilamos una buhardilla en el barrio de San Julián, en el 6 de la plaza de la Moravia. Vivíamos en la azotea de aquel edificio de tres pisos, blanco y vetusto, castigado por el sol. Yo recuerdo con agrado aquella solana maldita, las macetas de geranios, las duchas con manguera en el terrado, las tumbonas donde nos derretíamos al sol, las tetas de Sofía. En aquella buhardilla me pegué yo buenos atracones de esperarte, me cago en mí, Sofía, porque mira que he pasado yo ratos esperándote. Esperar mujeres. Esperar hombres. Esperar cosas.

Esperar que a las musas se les ocurra soplarte en la cara un día de estos. Esperar a Sofía. Mal asunto. No me gusta esperar, me pongo malo. He pasado muchas horas de mi vida esperando mujeres, camellos, dinero y buenas ideas. Y nunca tuve una espera agradable. Nunca, por ejemplo, mientras esperaba a mi novia en una esquina cualquiera, me encontré una cartera repleta de billetes. Así le he cogido esta fobia a las esperas, malditas esperas, y al verbo esperar, verbo maldito. Maldita aquella noche que esperaba a mi mujer y no venía. Eran cerca de las diez y media de la noche y llevaba esperándola desde las ocho de la tarde, pues habíamos dicho de ir al Ideal, un cine de verano en la calle Jesús del Gran Poder —ya no recuerdo qué película... ah, sí, *Mujeres Enamoradas*, de Ken Russell si no me falla la memoria—. Es igual, el caso es que yo esperaba en el comedor de la buhardilla, y por aquello de no perder el tiempo me senté en mi sillita de estudiar —como nene aplicado—, dispuse el atril con la partitura y dale ahí con el clarinete, tiru-tiru-boo, me dedico a machacar escalas para arriba y para abajo, pues en aquellos tiempos era mi ilusión y mi vanidad llegar a ser alguien en el mundo de los artistas; Sofía no viene, mucho tarda Sofía, ¿le habrá pasado algo? La película empieza a las diez y media de la noche y si tarda cinco minutos más nos vamos a perder el principio, maldita sea, con lo que me molesta perderme el principio de cualquier película, por mucho que la haya visto cuarenta veces, y ya son las diez y veinte. Olvídate de las mujeres enamoradas.

Cuarenta minutos pasan volando. Escuché las once campanadas de las veintitrés horas en el reloj de la iglesia de la Hiniesta, le pegué una patada al atril y

salieron volando las partituras por el aire, flas flas, Sofía por ahí, con sus amistades, o vaya usted a saber con quién, y yo como un idiota, esperándola, esperándola, esperándola. Otra vez: esperándola.

Y me dije: Se acabó, no te espero ni un minuto más, empiezas a caerme mal, Sofía, me decía yo sin querer creérmelo demasiado, pero empezaba a ser verdad, Sofía estaba acabando con mi paciencia. Mi vapuleada paciencia. Y sin recoger las partituras desparramadas por el suelo, ni el atril volcado, dejó el clarinete sentado en el único sillón de la casa y me quedo como un pasmarote, sin saber qué hacer.

Sofía y yo llevábamos una vida sencilla y austera. No teníamos ni televisión, ni vídeo, ni coche, ni lavadora. Un solitario radiocasete, una nevera y el clarinete eran nuestras posesiones. Vivían con nosotros, compartiendo incluso cama, dos hermosas gatas hermanas. Una era romana, es decir, a rayas grises y blancas, la otra negra por entero excepto su antifaz blanco y los calcetines, que también eran blancos. Eran suaves aquellas gatas, más peluda la romana, más cariñosa la del antifaz blanco, que se llamaba Samara, nombre que fue impuesto por Sofía y del que yo siempre discrepé. La otra gata la bauticé yo. Le impuse el nombre de Camelia. Menos mal que había dos gatas. Yo, por artista, me sentía con más derecho a imaginar nombres. Sofía no consentía ese tipo de autoatribuciones, también ella se sentía artista, y por tanto, con derecho a decidir por cuenta propia nombres y títulos.

La buhardilla era silenciosa, no se oían automóviles ni motores, el tráfico era escaso en la plaza, los vecinos gente tranquila, una pareja de recién casados que sonreían con candor cuando te los cruzabas por la escalera, una mujer muy mayor que se llamaba Gracia y que nos miraba con cariño, otra vecina que adoraba las gatas y cuyo nombre olvidé. La buhardilla era silenciosa. Aquella noche, sin Sofía, con las gatas de inmutable rostro ovilladas en sendas sillas, la buhardilla daba hasta un poco de miedo. ¿Era miedo? De haber tenido un televisor y un periódico donde consultar la programación, hubiera buscado una buena película para dejarme absorber por ella y tranquilizar así mis temores. Pero no. Ni televisión ni tranquilidad y el vacío instalado en la buhardilla. Pon música, me dije, pero maldita la gana de ponerme a escuchar música. ¿Músicas celestiales con el cabreo que llevo en todo lo alto? No. Otra idea me empezaba a hacer cosquillas en alguna parte del

cerebro. Más que una idea fue una sisa, porque entré en nuestro dormitorio, abrí el cajón de la pequeña cómoda, extraje el sobre donde Sofía y yo guardábamos el dinero del alquiler, conté los billetes, distraje uno de mil, devolví el resto al sobre y el sobre al cajón. Sin pegas, mil del ala, suficiente para darse un homenaje y olvidar el inmenso coñazo de esperarte, Sofía, querida. El coñazo inmenso de quererte.

Voy a darme un homenaje. Voy a darme un homenaje. Voy a darme un homenaje.

Bajo la escalera, el portal, la calle, encamino mis pasos hacia la plaza del Pumarejo, el *Espumarejo*, como la llaman los vecinos del barrio. Era cerca de la medianoche y desasosegado por la espera, el amor y los calores, con un billete verde alumbrando el bolsillo trasero de mis tejanos, enfilo por Duque Cornejo flanqueado por un quieto desfile de casitas bajas y encaladas. Cuando desemboco en San Luis ya me siento algo mejor y para celebrarlo me detengo y fijo la mirada en las doradas torres de una iglesia que pasaba por allí, luego la desvío a las estrellas. Ya me voy sintiendo algo más fuerte. ¿Qué es eso de sentirse morir porque tu mujer ya no te quiere como antaño, de morir ante la desdicha de saber que ya nunca te dirá cosas tiernas al oído? Responded, querubines y dioses del amor, responded, malas bestias, qué pasa, ¿nos desmoronamos en cuanto nuestra chica cesa de concedernos este baile?

Sigo mi camino por la calle San Luis y dejo a mis espaldas la iglesia de las torres doradas y sus cúpulas con mosaicos azules. Antes de llegar al Pumarejo un camello se insinúa, surge de las esquinas ofreciendo su mercancía prohibida. Ofrece sin ofrecer, desde el silencio. Los camellos de caballo no *entran* a sus clientes, no pregonan su mercancía. No hablan. Te miran a los ojos y esperan. Son los amos.

—¿Tienes algo? —le pregunto en voz muy baja. Es Luis Molina, de los Molina de las Tres Mil, gente de peso en el barrio, cuyos negocios dirige la madre, María, mientras el padre purga una muerte entre las rejas de Sevilla Uno.

2. Las Tres Mil Viviendas, marzo de 1980. Once en punto de la mañana. El gran gánster salió del edificio de ladrillo visto al gran patio de cemento y tierra, cruzó el terreno de juego donde enloquecidos seres humanos triscaban detrás de un melón volador. No es que el melón volara, más bien ellos lo hacían volar a patadas para perseguirlo luego lanzando alaridos y coces a diestro y siniestro, y los más risueños alegres risotadas que se confunden con los alaridos y hacen sonreír al gran gánster que viene a colocarse detrás de una de las devastadas porterías, ya despojada de red y hasta de larguero. Allí el patio fabrica un acogedor recoveco donde es agradable pasar la media hora del descanso sentado sobre la casetucha de los contadores del agua. Frente al edificio de ladrillo visto el señor García consulta su reloj, cinco minutos pasan de las once. El gran gánster no le quita ojo a la figura canija y calva del señor García. Luego imitará sus gestos, sus tics y sus posturas para algazara y regocijo de sus compañeros.

Comienza a llover, cae una fina lluvia pulverizada y no hay donde resguardarse en el gran patio desnudo de tierra y cemento. Pedro Molina, el pequeño camello que jugaba a ser el gran gánster, consulta su elegante reloj de oro, pasan diez minutos de las once y Manulitu no aparece. Y ni un cliente. Cosa más rara... La lluvia humedece la tierra y arranca fragancias del cemento; el gánster aspira con placer y agradecimiento el olor a tierra mojada que le trae recuerdos de otros tiempos, otros lugares: la hierba, el río, los charcos que rodeaban la chabola donde nació. La peste. Las chabolas del Roto olían fuerte y poderoso.

Ni un cliente. Y Manulitu Rodríguez, su socio, su *aguaor* —el que le da el agua: ¡Agua!— se retrasa, o aún peor: no viene, no ha venido; o aún peor: no vendrá. Y el pequeño camello despliega sus antenas y detecta ese algo extraño y amenazante en el aire húmedo de la mañana, algo que no le gusta, algo que no le encaja hoy en esta mañana de lluvia y viento.

Bordeando el terreno de juego, evitando balonazos, haciendo caso omiso de silbidos, procacidades, bromas de mal gusto, piropos sin gracia y algún que otro insulto, se acercan cuatro muchachitas, las mismas que todas las mañanas pasan la media hora de su descanso tras la misma portería que el gran gánster escoge para

vender sus posturas de hachís y fumar su Bob Marley, que así llaman por aquellos barrios a los porros liados con dos papeles. Las chicas no fuman. Nunca le han comprado a Pedro Molina un gramo de costo, nunca le han pedido una calada del porro mañanero que se fuma todos los días detrás de las porterías con su socio y amigo Manulitu. Al gran gánster le gusta que estén ahí todas las mañanas, oír sus cuchicheos, mirar furtivamente esos muslos dorados, los de la Manoli, que tiene los muslos dorados y lleva siempre falda corta; la cola de caballo de la Rosi Martínez hasta la grupa; la risa suave y dulce de la Paqui; las trenzas de Isabela... Y le encanta saber que hablan de ellos, del pequeño camello y de su socio Manulitu, aunque Manulitu diga que no, que a él no le gusta, que no le hace demasiada gracia verlas ahí, enterándose de todo, de lo que se vende o se trapichea o se deja de trapichear, de lo que se fuma o de los clientes que vienen todas las mañanas a dejarse la pasta detrás de la portería. Dice, ha llegado a decir Manulitu, que las envía el señor García para saber lo que se trajina en el rincón de los contadores. Espías. Pedro Molina sabe que eso son disparates.

A Pedrito le gusta Isabela, su aceitunada piel morena y sus negros cabellos recogidos en dos trenzas larguísimas hasta la cintura encandilan al gran gánster. Pero el amor es a distancia. Nunca se han besado. Nunca se han dicho te quiero.

—Qué guapa es Isabela —reconoce Pedro Molina, lo piensa en alta voz, siente cosquillas en el estómago solo de pronunciar su nombre: Isabela. Le encanta esa originalidad de la a añadida, no Isabel, Isabela, con a, y esa tontería lo enternece y por primera vez en su vida susurra: Te quiero, te quiero, te quiero. Se atreve a decirlo: Te quiero. Quizás porque nadie lo oye, nadie está a su vera. Está solo en la caseta de los contadores. Esta mañana no vino ni un cliente a dejarse la plata. Ni uno, ni siquiera el inútil del Caravaca, que le cambia todas las mañanas su bocadillo de sardinas en aceite por una chinita ínfima de hachís, y el señor García mira su reloj, faltan escasos siete minutos para el regreso a las cotidianas tareas. Llueve ahora con más ganas que nunca, pero el señor García decide no suspender el partido. Que se mojen, que se jodan, ojalá se ahogaran todos, sueña despierto el señor García. Llueve y Pedro Molina, el pequeño camello, está nervioso. No se concentra. Ni se atreve a sacar su pequeña y olorosa bola de hachís marrocano para liarse un *joint* de dos papeles, un Bob Marley, también conocido como un *dospa*, de dos papeles. No, no se atreve. No tiene a nadie que le dé el agua. ¿Dónde carajo te

metes, Manulitu? Y tiene hambre. Ah, coño, todas esas sensaciones en el estómago... a ver si va a ser que lo tiene vacío. No ha comido *su* bocadillo de sardinas y el estómago se lo reclama. ¿Dónde carajo te metes, Caravaca?

Cinco minutos faltan para las once y media cuando alguien viene a avisar al señor García de que algo terrible está sucediendo, ¿dónde?, en los servicios, dentro del edificio de ladrillo visto, corra, corra señor García, una pelea, corra, que se están matando. Y el señor García abandona sin pensárselo su puesto de vigilancia en el patio de tierra y cemento, ni siquiera mira su reloj cuando entra a la carrera en el interior del edificio, ¿qué pasa, qué pasa?, corra, corra, señor García, a los ascensores, no, por las escaleras, más rápido, han apuñalado a Manuel Rodríguez en los servicios del tercer piso. Y el señor García corre, está a punto de rodar escaleras abajo cuando pisa un bocadillo de sardinas y resbala con la pringue, ¡qué asco! ¿Quién ha dejado ahí esa porquería?

El gran gánster ya no es el gran gánster. Se acabó el juego. Solo le queda ser quien es: el indefenso camello detrás de la devastada portería que ve venir a los cuatro hijos del Chino, y sabe que no vienen precisamente a comprarle grifa. Vuelve su mirada al grupo de muchachas y ya no están, las ve correr, alejarse por donde vinieron, hacia el edificio de ladrillo visto. No todas, Isabela se queda. Aterrorizada, pero ahí está, se queda. El melón vuela por los aires, coces, alaridos, porrazos... Cuatro minutos para las once y media. No hay tiempo que perder: Ismael Martínez Guardia, el primogénito del Chino, camina ligero por el patio de tierra y cemento, sus tres hermanos le siguen a un par de pasos, cruzan el terreno de juego evitando balonazos y jugadores, directos a la caseta de contadores donde el que fuera gran gánster espera sentado y solitario. El señor García desapareció en el interior del edificio y no vuelve. No se ven otros barandas en el patio. Isabela se acerca tímida hacia Pedro, llegará casi al mismo tiempo que Ismael. ¡Vete!, se atreve a decirle la muchacha al gran gánster, y es la primera vez que le dirige la palabra: ¡Corre! Pero no se va, no corre. Ismael sonrío. Ya están todos ahí, alrededor de la casetucha de los contadores. Los temidos hijos del Chino, los hermanos Martínez Guardia.

A Isabela no le sienta bien el miedo, le crispa el rostro, le descompone el cuerpo, ya no es serena su mirada, ni burlona su voz, ni bonitas sus trenzas. De hecho no puede ni hablar. Ismael, cosa en él rarísima, enarbola un bolígrafo en la

diestra. Parece que en vez de bolígrafo porte un puñal, una navaja, un arma diabólica. Lo empuña a la altura de la cadera. Es un bolígrafo plateado, muy grueso, cargado con minas de tintas diferentes que le permiten escribir en cuatro colores: azul, rojo, verde y negro, según el resorte que se pulse. Ismael no abandona la cruel sonrisa, sus hermanos le imitan la sonrisa, los gestos, la pose. Son clavados entre sí los hijos del Chino, y, tal como el Chino, nos recuerdan a los mogoles con sus ojos rasgados, sus narices chatas, sus cuerpos menudos. Se han plantado frente a la caseta de los contadores donde Pedro Molina permanece sentado. Con una gran, enorme sonrisa, uno de los hermanos, aquel que está a la diestra del primogénito Ismael, se mete la mano por dentro del jersey de lana y saca de ahí, por la parte del cuello, una negra, flexible y correosa picha de toro. Isabela a dos o tres metros, temblando, sin saber qué hacer, se quiere marchar pero ya no puede. Imposible ahora. Justo en ese momento deja de llover.

Se miran con largueza, Pedro muy serio, los cuatro hermanos con mucha guasa, Isabela les mira a todos con terror. Pronto se dará cuenta, sin embargo, de que en realidad la ignoran. Ismael finge sorprenderse de que no esté ahí Manulitu, el socio del gran gánster.

—¿Estás solo, primo? ¿Y tu compi, no ha venío hoy?

Se desternillan de la risa los tres hermanos de Ismael. Risas falsas, forzadas, estridentes. Ríen a grandes carcajadas. Igual que Pedro Molina, ellos también son gitanos, pero de otra pasta, como dice siempre Isabela. Risas agudas y molestas, falsas, crueles, obscenas. Otra pasta.

Pedro no contesta. Ya sabe que algo chungo le han hecho a su socio. Seguro. Algo terrible que por lo visto les hace tanta gracia a esos mal nacidos, porque no paran, no dejan, no acaban nunca de reír. El pobre Manulitu... Entonces, Pedro Molina lanza su primer farol.

—¿Es que no te has enterao? —dice a Ismael, ignora a los tres hermanos comparsas, como si no existieran—. El Manulitu y yo ya no semos socios, se acabó, mi viejo me ha quitao de vender. No tengo ná.

Se miraron entre ellos con duda: ¿Qué dice este idiota ahora? ¿Con qué cuento nos quiere camelar?

—¿Qué chamullas? ¿Que no tienes grifa?

—¿No te enteras? No hay ná, no tengo ná. ¿No te has coscao de que no he vendío ná en toa la mañana?

El gran gánster observó las caras escépticas de los cuatro hermanos. Isabela seguía allí plantada, sin que nadie le echara cuenta. Como banda sonora los alaridos y las risotadas de los enloquecidos jugadores de la coz.

Dentro del edificio de ladrillo visto el señor García, a todo lo que le dan sus cortas piernas, sube al tercer piso por las escaleras precedido por Rafael Carmona, que tiene el espanto en los ojos, le tiembla la voz:

—En los servicios. Está en los servicios.

Cada vez tiene el señor García más miedo de lo que se va a encontrar en los servicios. Atraviesan el pasillo, una, dos, tres, la cuarta puerta es el servicio de los hombres, abre de un empellón, hay pisadas de sangre en el suelo, en un rincón, de rodillas y encogido sobre sí mismo, parece que esté orando, Manulitu se sujeta el estómago y la sangre corre por sus nudillos, entre los dedos. El señor García se queda sin habla.

—Pues líate un *joint*, primo —dice Ismael con mucha guasa, con mucho tonillo, al gran gánster, y detrás de él brillan los ojos de sus tres hermanos con ansia y deseo de soltar un par de hostias.

—No puedo —declara Pedro Molina con su cara más seria—. No tengo grifa —miente con gran franqueza mirando fijo a los ojos de Ismael.

—¿Qué ha pasado? ¿Pero qué coño ha pasado?

Manulitu quiere responder, decir algo, pero cuando abre la boca estalla en sollozos. Con delicadeza el señor García le aparta las manos del ensangrentado estómago.

Isabela no se ha movido un paso. No le quita ojo al bolígrafo que sigue empuñando Ismael.

—Venga, compi —insiste meloso el mayor de los Martínez Guardia—, no seas tan chungo. Invítate a un peta.

*Déjate de rollos, Pedrito,
déjate de rollos,
invítate a un jointcito.*

Canta y desafina aposta, hace el burro Simplicio, el benjamín de los cuatro hermanos.

Tacatacatataca, se arrancan repentinamente los Martínez con las palmas, redoblan a tiempo y a contratiempo, se ayudan chascando la lengua contra los dientes.

—Déjame ver, déjame ver —pide el señor García, desabrocha la camisa y alza un poco la camiseta para indagar en la herida que presenta Manulitu en el estómago, por encima del ombligo—. ¡¿Quién ha sido, joder?! ¡¿Quién te ha hecho esto, coño, Manuel?! ¡¿Quién te ha hecho esto?! ¡¡Joder, joder, joder!! —Se desespera el señor García, suelta, en contra de su costumbre, algunos tacos, parece que le va a dar algo. Es realmente desesperante ver a ese niño de once años ahí tirado en los urinarios, ensangrentado bajo la panza del sucio lavabo.

—El mejor sitio para que pesque una infección de cojones. Sacadlo de ahí, joé —sugiere con tino el profesor de gimnasia que acaba de llegar al lugar, como también el de lengua, la de francés... Van llegando los profesores. Manuel Rodríguez está muy asustado y los mira con ojos desorbitados.

—Me pincharon con algo —cuenta con un hilo de sollozante voz.

—No parece muy grave —opina un bedel.

Alguien llama a una ambulancia.

Benito Martínez empuña la picha de toro cual si fuera un micrófono y canta mientras sus hermanos se tronchan de la risa sin dejar nunca de hacer palmas:

*Déjate de rollos, Pedrito,
déjate de rollos
y líate un jointcito.*

Los hijos del Chino forman un siniestro equipo donde cada uno tiene sus habilidades. Para esto de la música el mejor es Benito, que es el que ahora está cantando eso de: *Y líate un joint, Pedrito. Y líate un porrito, Pedrito, por favorcito.* La autoridad es para el mayor, Ismael, catorce años. Candelario es la fuerza bruta. Los inventos son de Simplicio, el menor, los mismos once años que Pedrito. El bolígrafo, por ejemplo, lo ha trucado él de forma que cuando se acciona el pequeño resorte para escribir con la mina de tinta roja, aparece en su lugar una larga y fina

aguja de coser cuero. Ahora están muy animados con las palmas y las coplillas que Benito improvisa y canta con absoluto malaje, además esta mañana anda un poco repetitivo en la confección de letras.

*Déjate de rollos, primo,
y líate un porrito, Pedrito,
no te tangles, colega,
y sácate la grifa, Pedrito,
colega, primo, Pedrito,
no te enrolles chungamente.*

Canta y desafina a conciencia, hace el payaso con poca o ninguna gracia, se contorsiona, berrea, chupa el improvisado micrófono de manera obscena para que sus hermanos rían con sus risas forzadas, estridentes y amenazantes.

Tacatacatatacatata, suenan bien las palmas, sin esfuerzo, tacatacatataca, doblan y redoblan. *Déjate de rollos, mi compi, déjate de rollos y sácate la grifa y sácate la grifa y líate un Bob Marley, Pedrito, canalla, no te enrolles chungamente y líate un Bob Marley.* Tacatacatataca.

A compás, brillantes los ojos, siniestras las sonrisas, a compás. Una larga aguja surge por la punta del bolígrafo plateado.

El señor García mira la hora en la esfera de su reloj extraplano.

—Oye, son más de las once y media. Hay que avisar el fin del recreo —le dice a un bedel, y el bedel corre a secretaría para accionar la sirena que pondrá fin al recreo. También el bedel está a punto de descalabrarse cuando pisa el aceite que pringa el suelo al final de las escaleras.

—¿Pero quién ha sido el guarro...?

El gordito Caravaca podría explicar qué hace ese bocadillo tirado en el suelo, las sardinas desparramadas, pero está en el cuarto trastero entre escobas, fregonas y otros útiles de limpieza, con un ojo morado, un pichazo de toro en la coronilla y pinchazos de aguja en muslos y brazos. Ahí se lo acaba de encontrar la Presen, la mujer de la limpieza. No hay manera de que explique qué carajo le ha pasado. Presentación tampoco insiste en saber. Le da auténtico terror. Por las noches tiene pesadillas con el alumnado del Padre Ocampo.

Manulitu Rodríguez descansa reclinado en la pared, le han cortado la hemorragia, ya no sangra. No eran profundas las heridas, pero persisten en él los rastros del terror.

En el patio de cemento y albero, detrás de la portería, Pedrito ya no juega más a los gánsters. Ahora sí se acabó el juego donde los gánsters eran gente de honor y él realizaba sus negocios sin trucos ni engaños. Ahora tendrá que ser rápido como una serpiente, y si puede, será traicionero. Y si puede, los engañará. Pero no va a poder. Ve salir esa aguja por el agujero negro del bolígrafo apuntado a sus ojos; no ve como Simplicio y Benito le dan la vuelta a la casetucha para situarse a sus espaldas. O si lo ve no hace nada por evitarlo. Isabela sale de su marasmo y corre hacia ellos cuando agarran a Pedrito por la espalda, lo traban, lo inmovilizan.

—¡Dejadlo, dejadlo ya, cabrones! —grita, se planta Isabela frente a Ismael—. ¡Maricón! —le insulta la chiquilla.

Ismael, sin mediar palabra, le larga tal revés que la hace volar, cae, se da contra la pared de la casetucha, sale la sangre por un feo corte en la sien.

—¡Venga, maricona, dame ya la grifa, perra! —exige Ismael sin mirar siquiera a la chiquilla que acaba de enviar al limbo. También Candelario se encara con Pedrito, lo mira, le sonrío, no habla, se mira la mano, la abre, la cierra, sopla en sus nudillos, lanza su puño contra el estómago de Pedrito, se lo empotra en el vientre.

—¡Toomaaa! —jalean Benito y Simplicio—. ¡Hostia, qué hostia! —Se ríen, hacen gestos, se burlan. No veas qué hostia. Magnífica. Lo sueltan y Pedrito se dobla, no puede respirar, antes de caer al suelo Ismael clava en la molla de su muslo la aguja del diabólico bolígrafo. Una mancha de sangre roja y caliente aparece en la tela del elegante pantalón del gran gánster, un círculo deforme, húmedo y viscoso que se agranda hasta la rodilla. Pedrito quiere gritar espantado pero no puede, no salen sonidos de su boca de gruesos y tiernos labios, no puede ni respirar. Está acurrucado en el suelo, nadie lo sujeta ya, no hay necesidad, prefieren dedicarse a golpearlo y reír, siempre las risas forzadas y falsas. Risas y patadas, patadas a la barriga, a los riñones; sin olvidar un par de trallazos en los lomos con la picha de toro que ahora se pasan los hermanos, de uno a otro cual si fuera el testigo de una carrera de relevos. Por fin, Ismael se agacha y apoya la punta de la aguja en el ojo de Pedrito.

—Muévete y te dejo tuerto, maricona.

El gran gánster se hace estatua. No mueve un músculo, un pelo, se mea, se humilla. Estatua de terror mientras la otra mano de Ismael Martínez registra afanosa los bolsillos del pantalón elástico de Pedrito Molina. Rebuscan, revuelven, palpan los finos y nerviosos dedos de Ismael, encuentran la bola de grifa, triunfo, una patada en el estómago para celebrarlo. Ahora la pasta:

—¿Dónde escondes el parné, maricona?

Pedrito no responde, no ve, no respira, no puede hablar, el dolor y el miedo lo paralizan; pinchazo en la espalda, patada en el estómago y pinchazo en la mejilla para ver si se anima, nada, no responde, por delante y por detrás arrecian los golpes, cada golpe una carcajada y exclamaciones de admiración:

—¡¡Jodeer... ese ha sonao!!

Más pinchazos en la mejilla, debajo del ojo.

—Sácale los acais, Isma —sugiere con excitada voz Benito.

Otra vez se hace estatua el apaleado gran gánster, otra vez los dedos hábiles, intuitivos de Ismael dan rápido con los billetes —pocos, pues no ha vendido nada en toda la mañana— en el bolsillo chico delantero de los pantalones de Pedrito. Ismael, para celebrarlo, le endiña un tortazo que hasta le sienta bien, le devuelve la respiración, respira, qué alivio, y por fin oye y ve, pero sobre todo respira, respira, respira. Oye el llanto de Isabela que está tirada por ahí. Las carcajadas forzadas, los tacos, las voces nasales, estridentes, insultantes. Los insultos, los insultos, los insultos.

Entonces sonó la alarma, ¡uuuuuhhhhaaahhhh!, clara y potente, dejaron de jugar y de correr los jugadores, y todos los niños que había en el patio de cemento y albero se dirigieron hacia un punto, frente al edificio de ladrillo visto, y se formaron colas, una cola para cada curso, los de primero, los de segundo, los de tercero... Todos en cola no, faltaban algunos alumnos. Isabela y Pedrito quedaron tirados en el cemento, tras la devastada portería sin redes ni larguero. Tirados y despojados, pues se lo han quitado todo: dineros, droga, relojes. Hasta el pequeño reloj de Minnie Mouse que le regalaron a la pobre Isabela el día de su primera comunión. El gran gánster escucha la sirena y quiere, intenta ponerse de pie. Medio lo consigue, queda mirando la figura desmochada de Isabela. Se palpa los bolsillos, se palpa el cuerpo, toca con sus dedos en leve caricia las manchas de sangre en sus pantalones. Tres, cuatro veces lo han pinchado. Y qué. Se lo han quitado todo. Los pinchazos

se curarán, de hecho ya ni siquiera le duelen, pero la grifa no la va a recuperar, ni la pasta. Eso fijo. Ni la tranquilidad. Sin grifa, sin dineros... Pedrito no sabe qué tal le va a sentar eso al viejo. A Pedrito Molina le va a costar hoy volver a la queli, decirle a su papa que le han sirlao, que ni siquiera se pudo defender. Que por su culpa recibió también una prima que vino a dar la cara por él. No, eso mejor se lo calla.

El señor García está pálido, no mira su reloj, a su lado el profesor de educación física da la señal de entrada a las aulas y las colas empiezan a desfilan, una por una entran en el edificio, cada curso a su aula correspondiente. Se está despejando la mañana, un rayo de sol hace brillar el cemento. Ismael avanza el último de la cola con las manos en los bolsillos, la derecha soba billetes, la izquierda la bola de hachís marrocano. Feo y renegrido, Ismael sonrío y enseña las mellas de su boca. Nos insulta.